

Noticia de Ignacio de Inza (1906-1942), un economista español del desequilibrio económico

Manuel MARTÍN RODRÍGUEZ
Universidad de Granada

1. Ignacio de Inza Tudanca: un economista en Friburgo

En su número 35-36 (mayo-agosto 1955), *De Economía*, la Revista de Temas Económicos de la Vicesecretaría Nacional de Ordenación Económica de la Organización Sindical, publicó un artículo de Ignacio de Inza, titulado “Ensayo de una teoría pura del desequilibrio económico”. Era la traducción, revisada por el economista Pablo Ortega Rosales¹, de un artículo aparecido once años antes, en el número de mayo de 1944, de *Zeitschrift des Instituts für Weltwirtschaft an der Universität Kiel*.

En la presentación que la revista hacía del artículo, sólo se decía de su autor que su temprana muerte, a los treinta y cinco años, había malogrado “para la Ciencia Económica y para su Patria... todas las prometedoras posibilidades que su entusiasmo y su vigor intelectual hacían suponer” y que su convalecencia de una penosa enfermedad en Suiza le había dado la oportunidad de estudiar Economía en la Universidad de Friburgo. De su contenido, se indicaba que era un resumen de su libro *Ensayo sobre una teoría pura del desequilibrio económico*, al que había puesto un breve prefacio el profesor Bongras, haciendo un resumen de sus conclusiones, de las que se destacaba que si, bajo las hipótesis de la teoría del equilibrio general, las fuerzas económicas no conducían al equilibrio, como había probado Inza, había desaparecido “el argumento máximo esgrimido contra la dirección de la economía”, una afirmación que convenía a la política económica que se hacía entonces en España.

Podría pensarse que fuera esto último lo que llevó a la extemporánea inclusión del artículo de Inza en *De Economía*, volcada entonces en la defensa del intervencionismo económico², pero me inclino a pensar que debió pesar también su extraordinario interés analítico. Muy probablemente, fueron el propio Eugen Bongras³, profesor de Economía en Friburgo y director de la tesis doctoral de Inza que dio lugar a su libro, asiduo visitante de España en los años de postguerra, o su hermano Carlos de Inza⁴, ingeniero industrial del I.C.A.I. y economista de la primera promoción de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, muy relacionado con economistas académicos y con los medios culturales del nuevo régimen, quienes hablaron de él en la redacción de la revista.

¹ Pablo Ortega Rosales (Madrid, 1926-2000) obtuvo la licenciatura en Ciencias Económicas en 1956. Fue economista de la Organización Sindical, dirigió la revista *De Economía* entre 1958 y 1961, Jefe de Servicio de la Subcomisaría Agraria del Plan de Desarrollo y del Gabinete Técnico del Ministro de Agricultura, Tomás Allende, y Director del Servicio de Estudios del Banco Atlántico entre 1972 y 1983.

² El dirigismo de la postguerra venía haciendo un uso interesado de economistas que defendían la intervención macroeconómica del Estado en determinadas circunstancias. La propia revista *De Economía* había dedicado un número monográfico a Keynes en marzo-abril 1951.

³ Eugen Bongras es autor, entre otras obras, de *Les théories monétaires allemandes contemporaines. Étude critique de leur évolution* (1930), *Essai sur la théorie du capital en économie libre et en économie dirigée* (1943) y *Cours d'économie politique* (1948). En 1941, fundó el Instituto de Ciencias Económicas en la Universidad de Friburgo y en 1945, junto con Josep Piller y Arthur Fridolin, el Institut de Sciences Sociales et Politiques (1945-1975), del que fue director hasta 1955. También fue director de la serie de Teoría Económica de la Collection International de Sciences Sociales et Politiques, en la que apareció publicada la tesis doctoral de Inza. Visitó España en numerosas ocasiones. En 1947, asistió en Santander a los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, organizados por Calvo Serer, con quien mantuvo una estrecha amistad. En abril de 1948, pronunció una conferencia en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid sobre las relaciones entre la teoría y la política económica. En junio de 1954, asistió al II Congreso de Empresarios católicos, celebrado en Vigo. Puso un prólogo a la traducción francesa de *La batalla del oro* (1941), de Braulio Alfageme, un ingeniero industrial del ICAI vinculado a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

⁴ Carlos de Inza (1902-1990) era ingeniero del ICAI y miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Perteneció a las Juventudes de Acción Popular. Antes de la guerra civil, había sido profesor en los Cursos de Economía de Flores de Lemus en la Facultad de Derecho de Madrid. En julio de 1939, era Inspector Técnico Principal de Vías y Obras de la Compañía de Caminos de Hierro del Norte. En noviembre de 1939, fue nombrado Inspector General de Talleres Penitenciarios y, después de la creación de RENFE, fue Jefe de su Departamento de Electricidad. Alumno de la primera promoción de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y alumno de Stackelberg en el Instituto de Estudios Políticos. Presidente de la Asociación Nacional de Ingenieros del ICAI. Escribió en *Arbor* y otras revistas sobre economía ferroviaria. Participó como ponente en las *Semanas Sociales*.

En lo que sigue, esbozo, en primer lugar, un perfil biográfico del autor y estudio, a continuación, a modo de tardía reseña, el libro del que era resumen el artículo publicado en *De Economía*, que creo de gran significación analítica en la historia del pensamiento económico.

Ignacio de Inza Tudanca (Burgos, 11 diciembre 1906, Friburgo, 1942) estudió Derecho y Filosofía en la Universidad de Madrid. En julio de 1927, a los 21 años de edad, aprobó las oposiciones a Abogado del Estado, siendo su primer y único destino la ciudad de Lérida, donde ejerció hasta que en marzo de 1937 fue trasladado a Barcelona, desde donde, en una de las coyunturas de la guerra civil, pasó a Francia, y después a Friburgo (Suiza), para reponerse de una grave enfermedad, el mal de Hodgkin, que sería la causa de su prematura muerte. Por haber servido al gobierno de la república, fue objeto de un expediente de depuración y separado del servicio el 14 de marzo de 1939, aunque después conseguiría ser rehabilitado⁵. Durante sus años en Lérida tuvo una actividad muy intensa como abogado del estado, interviniendo en numerosas causas políticas como defensor, pero mostró ya su interés por las cuestiones económicas⁶.

Probablemente fue también su hermano Carlos quien hizo las gestiones para que Ignacio fuera acogido en la Universidad católica de Friburgo por Eugen Bongras, muy vinculado al movimiento católico *Pax Romana*, promovido por los propagandistas católicos españoles⁷. No he podido saber cuándo llegó exactamente allí, hacia 1938, pero a principios de 1942 había leído ya su tesis doctoral bajo la dirección de Bongras, que éste publicaría años después con el título de *Essai d'une théorie pure du déséquilibre économique*, y era profesor de economía del recién creado Instituto de Ciencias Económicas de Friburgo⁸.

En su breve prefacio al libro de Inza, Bongras no regateó elogios sobre la extraordinaria capacidad intelectual de su autor como economista y sobre la relevancia de su trabajo. Lamentando su pérdida, decía: “s’il avait pu continuer ses travaux, serait devenue, sans aucun doute, un des meilleurs représentants de la science économique qui l’avait littéralement passionné pendant les dernières années de sa vie”. Y poco más adelante, sobre su obra: “La théorie défendue par de Inza nous permettra de combler le fossé de plus en plus large qui s’est creusé entre la théorie économique et la réalité [...] revêt une importance considérable car il apporte des éléments nouveaux aux discussions doctrinales récentes sur l’ordre économique”.

2. La aportación de Inza a la teoría del desequilibrio económico

El trabajo de Inza no tiene paralelo en la literatura económica española de su tiempo. De su originalidad, no hay duda, como veremos inmediatamente. Por otra parte, hacia 1940, nadie como él, ni siquiera Olariaga, llegó a tener un conocimiento tan profundo de la literatura económica. Clásicos, fisiócratas, Marx, los primeros marginalistas, Marshall y toda la corriente neoclásica, la Escuela de Lausanne, los marginalistas italianos, Wicksell y los economistas de Estocolmo, Keynes y sus primeros seguidores, la escuela austriaca, Eucken, Stackelberg y otros economistas del Friburgo alemán, todos ellos están en las páginas del *Essai*, y no en simples citas eruditas a pie de página sino en una discusión vigorosa de sus ideas en relación con su propio análisis del desequilibrio, que Inza va desgranando a lo largo del libro. Si se observa atentamente su bibliografía, no falta en ella ninguna obra importante, todas en sus correspondientes idiomas. Y hay también referencias, en este caso más bien evocadoras, a algunos economistas españoles, como Ortiz, Ulloa y Uztáriz y a su propio hermano, Carlos de Inza⁹.

⁵ En su expediente personal en la Secretaría General del Ministerio de Justicia, con muy pocos datos sobre él, consta su expediente de depuración, pero no su rehabilitación posterior, de la que he sabido por el abogado del Estado, Antonio Martínez Lafuente.

⁶ En la prensa catalana pueden seguirse estas causas en tiempos de la República, en las que actuaba como defensor de quienes se pronunciaban a favor del Estado Catalán. También se da noticia en ella de sus conferencias en distintos centros culturales. El 5 de mayo de 1932, por ejemplo, pronunció una conferencia sobre “orientaciones económicas” en el Círculo Republicano Radical de Lérida.

⁷ En ese tiempo estaba en Friburgo Ángel Herrera Oria, fundador de la ANCP, quien había dejado España a principios de 1936 para seguir allí los estudios eclesiásticos. En su prefacio a la tesis doctoral de Ignacio de Inza, Bongras hacía una afectuosa referencia a su hermano Carlos.

⁸ Ignacio de Inza: *Essai d'une théorie pure du déséquilibre économique*. Préface de E. Bongras, Librairie du Recueil Sirey, Paris, Imprimerie St. Paul, Fribourg (Suisse), s.a.. En su prefacio, Bongras se queja de que el libro, por dificultades materiales y técnicas, no hubiese podido aparecer cuando debía, al final de la guerra mundial, por lo que cabe pensar que se publicó años después, sin que conste el año exacto en ningún lugar del libro.

⁹ De Carlos de Inza cita un artículo, “Automatismo económico” (*A.A.I. de I.C.A.I.*, 1939, T. XVI), que no he podido consultar, pero que, por su título, parece estar relacionado con el equilibrio económico, un tema del que seguramente trató a menudo con su her-

En 1938, la economía distinguía ya claramente entre estática y dinámica, pero se enfrentaba todavía a la paradoja de que la teoría estática, bajo determinadas condiciones, mostraba una tendencia necesaria al equilibrio, en tanto que la teoría dinámica debía explicar el movimiento real de la economía, que mostraba una tendencia al desequilibrio. Lo que se propuso Inza en su trabajo fue, por un lado, estudiar cómo bajo las hipótesis de las ecuaciones de equilibrio de Walras y Pareto, la economía no presentaba una tendencia al equilibrio, como habían concluido éstos, sino al desequilibrio, y por otro, conciliar la teoría estática con la dinámica.

Cuando Inza acometió esta tarea, se habían dado ya algunos pasos en esta dirección, pero, o bien los resultados no habían sido del todo satisfactorios, o bien no eran todavía suficientemente conocidos o aceptados por la comunidad científica. Entre estos intentos, algunos economistas, entre ellos Pigou (1937), habían distinguido entre bienestar individual y bienestar social, fijando como objetivo de la economía la maximización de este último en lugar de la maximización del bienestar individual, a fin de conseguir una economía armónica y *estable*; otros, como Spann (1932), habían simplemente escapado de la teoría económica científica, dejando de lado la teoría del valor basada en la utilidad marginal, para establecer un conjunto de jerarquías en la estructura económica; y otros, la corriente más fructífera hasta entonces, habían tratado de construir una teoría más acorde con la realidad, en lugar de dejarla confinada en un mundo lleno de abstracciones e hipótesis, lo que había llevado a prestar más atención a la economía dinámica.

En esta última dirección, tres las aportaciones más interesantes habían estado las siguientes: i) los propios creadores de la teoría del equilibrio general, Walras en particular, había sostenido ya que, aun manteniéndose constantes las ecuaciones del equilibrio, un cambio en los recursos disponibles llevaría a una nueva solución de equilibrio, que necesitaría de cierto tiempo, durante el cual podían tener lugar nuevos cambios que retrasarían indefinidamente el equilibrio, lo que no suponía ciertamente una refutación de los resultados esenciales de la teoría pero sí tacharla de cierto irrealismo; ii) algunos economistas, como Akerman (1932), habían introducido el tiempo en las ecuaciones de equilibrio como una variable independiente, lo que no implicaba tampoco una refutación de la teoría sino un intento de enlazar la estática con la dinámica, introduciendo con ello una notable complicación, al admitir la posibilidad de cambio de las ecuaciones, mediante modificaciones, por ejemplo, en las combinaciones de la producción, un concepto más amplio que el de los coeficientes técnicos, cuyas implicaciones no estaban aun resueltas; iii) Kaldor (1940) había llamado la atención sobre la necesidad de estudiar no sólo la formación de los equilibrios sucesivos, sino la línea de tendencia definida por los estados particulares; iv) Hayek, Hicks y otros habían introducido las expectativas para definir el equilibrio dinámico, pero, como todas las corrientes anteriores, sin poner en duda la teoría estática del equilibrio general; v) el propio Pareto había extendido el modelo a una situación monopolística y otros economistas, como Robinson (1932) y Chamberlin (1937), lo habían intentado con mercados de competencia imperfecta; y vi) sólo Keynes (1936) se había opuesto a la idea de un punto de equilibrio único, haciendo de la teoría neoclásica un caso particular para un mercado de trabajo con salarios flexibles, que hacía, a su vez, a su teoría un caso particular, lo que había llevado entonces a Haberler (1937) a decir que se había limitado a cambiar la terminología.

Inza, que conocía bien todas estas corrientes, incluida la *Teoría General* de Keynes, siguió un camino mucho más directo para mostrar las limitaciones y debilidades de la teoría del equilibrio. Para él, bajo los supuestos de la teoría estática, a la que limitó exclusivamente su análisis, no estaba garantizado el equilibrio, sino más bien lo contrario. Para probarlo, dividió cuidadosamente su tesis en una introducción y cinco grandes partes: en la introducción, pasó revista, con un altísimo nivel analítico, a la evolución de la teoría económica, desde los fisiócratas a la teoría pura del equilibrio general, y a su contrastación con la historia, que para él no arrojaba un resultado muy favorable; en la primera parte, estudió en profundidad las bases de la teoría económica vigente, los fundamentos de las leyes económicas y el funcionamiento la economía de mercado; en la segunda, expuso con gran solvencia, en términos matemáticos y gráficos, la teoría del equilibrio económico general en una economía estacionaria de libre competencia, es decir, bajo las hipótesis generales de Walras y Pareto; en la tercera, hizo una crítica de la teoría

mano. Aunque he leído otros escritos económicos suyos, no he encontrado en ellos un desarrollo extenso del funcionamiento del mercado.

del equilibrio general; en la cuarta, estudió los efectos sobre este modelo de modificaciones no tenidas en cuenta en la teoría pero perfectamente concebibles en ella, como la existencia de costes variables, la introducción de previsiones económicas y el tiempo exigido en las reacciones económicas, y de otras posibles modificaciones que sí suponían una alteración en el funcionamiento de la concurrencia perfecta; y en la quinta, expuso sus principales conclusiones. Este mismo fue el orden que siguió también en su artículo de *Zeitschrift*, traducido al español en *De Economía*.

Prescindiendo aquí de su excelente exposición de la evolución de la teoría económica y de la teoría del equilibrio general, llena de erudición, matices, críticas y sugerencias, me limitaré a presentar su crítica del modelo walrasiano de equilibrio general, las modificaciones que introdujo en él y las conclusiones generales que derivó de ello. Lo haré sólo en forma conclusiva para obviar una exposición que, por su naturaleza, sería necesariamente muy extensa y compleja, como fue la del propio Inza.

En su crítica al modelo walrasiano, Inza partió de que la demanda de un determinado bien estaba dada, debido a que la población y sus necesidades se suponían constantes y a que su variación en respuesta a las variaciones de los precios de los demás bienes era insignificante en comparación con la respuesta a las variaciones de la oferta, lo que le llevó a centrar su crítica exclusivamente en la oferta. Las conclusiones a las que le llevó su análisis nada tenían que ver con la realidad, como él mismo admitió expresamente, pero alegó en su defensa que las hipótesis de la teoría del equilibrio general tampoco tenían nada que ver con la realidad. Aunque no se habían desarrollado todavía las prescripciones metodológicas friedmanianas, estaban implícitas en el modelo.

He aquí sus conclusiones: i) partiendo de la existencia de un precio cualquiera de mercado, los productores harían sus cálculos de acuerdo con este precio y elegirían entre todas las producciones aquélla que les reportara el máximo beneficio, lo que determinaría también la demanda de factores; ii) los cálculos de los productores serían correctos si el precio se mantuviera constante, pero éste cambiaba continuamente a medida que lo hacía la producción yendo de un lado a otro en busca del máximo beneficio; iii) las oscilaciones en el precio serían muy violentas, porque no habría un proceso automático de selección de los productores y todos ellos aumentarían su producción cuando lo hiciera el precio, y viceversa, con lo que la curva de oferta nunca sería continua y plana, como suponía el modelo, sino que sólo tendría algunos puntos relevantes; iv) una baja del precio determinaría una pérdida para el empresario y una ganancia exactamente igual para los factores de la producción, que serían pagados por encima de su productividad marginal en términos de valor (ingreso del producto marginal); v) la reacción de los empresarios para dirigirse hacia las producciones que consideraran más rentables, llevaría de nuevo a una sobreproducción y a una pérdida, con desempleo de parte de los factores, haciendo que el proceso continuara indefinidamente.

Para Inza, en definitiva, la causa esencial del desequilibrio radicaba en que cuando la economía se alejaba del punto de equilibrio, definido como aquél en el que el beneficio es cero, el mecanismo automático cambiaba la dirección en el sentido adecuado, pero lo hacía con tal violencia que desembocaba normalmente en la posición opuesta y extrema, sin garantizar que se detuviera en el punto de equilibrio. Por ello, sólo un freno externo podía detener la economía en las proximidades del punto de equilibrio.

Después de esto, Inza introdujo determinadas modificaciones en el modelo, unas no contempladas en él por sus creadores pero perfectamente concebibles en un sistema de concurrencia perfecta, y otras más próximas a la realidad. De este modo, consideró, en primer lugar, una economía en la que jugaban la variable tiempo y las expectativas, y a continuación, contempló la existencia de inercias y fricciones, el empleo de factores de producción más o menos específicos, la existencia de factores limitativos o de coeficientes técnicos de producción en número limitado y una duración de la producción no instantánea sino suficientemente larga.

Los resultados de su análisis fueron los siguientes: i) si se tienen en cuenta las inercias, las fricciones y los factores de producción específicos, habrá distintas gradaciones en la acción del móvil hedonístico o de maximización del bienestar, debido a que la reacción de los sujetos económicos aumentará, aunque no proporcionalmente, y a que no será todo el sistema económico,

sino una parte, la que se pondrá en movimiento, dependiendo de la especificidad de los factores, lo que quería decir que la oscilación sería menor que bajo las condiciones de la concurrencia perfecta; ii) si existen factores limitativos, las oscilaciones, en lugar de mediante el empleo total de los factores productivos en los diferentes usos requeridos en cada momento, se producirían mediante cambios en los factores desempleados; y iii) si la duración del proceso productivo es larga, habría tiempo para que todos los empresarios pudieran comenzar la nueva producción ante una alza en el precio, haciendo que la cantidad excedente fuera en aumento hasta que la persistencia de un excedente fuera claramente perceptible en el mercado.

En resumen, si la teoría pura del equilibrio general llevaba necesariamente al punto de equilibrio, para Inza, abandonando sus hipótesis fundamentales, las oscilaciones perdían su regularidad y su amplitud, tendiendo a no alejarse demasiado de la línea de beneficio cero. Si ello era así, necesariamente había que buscar la explicación del ciclo económico en los numerosos actos de voluntad, individuales e inconexos, que tenían lugar en la concurrencia perfecta. Por consiguiente, el desequilibrio se atenuaba aceptando hipótesis más realistas, y sus consecuencias podían corregirse mediante frenos externos. Su visión del equilibrio general era, pues, la de la teoría de la tela de araña, con una oferta más elástica que la demanda, con sólo muy pocos puntos relevantes, lo que hacía imposible el equilibrio automático.

En la última parte de su trabajo, Inza se planteó tres grandes cuestiones: la contrastación histórica del funcionamiento de la economía en relación con las predicciones de la teoría del equilibrio general; las consecuencias sobre el orden económico que se derivaban de sus propias conclusiones; y la relación entre estática y dinámica, una cuestión de naturaleza estrictamente analítica.

Respecto a la primera, no fue demasiado original. Algunos economistas que habían estudiado la evolución histórica del capitalismo, habían llegado, como él, a la conclusión de que la aproximación del sistema económico al *laissez faire*, con un aumento progresivo de la libertad económica, no había conducido al equilibrio económico y a la estabilidad, sino a etapas de prosperidad y crisis, es decir, a grandes oscilaciones económicas. No amplió, sin embargo, su análisis más allá de la teoría del equilibrio y no introdujo el dinero como posible causa de las perturbaciones.

Sobre el orden económico más conveniente para la humanidad, dejó muy clara su posición. Si algo (el modelo del equilibrio económico) no respondía analíticamente a lo que se esperaba de él, no debía ser utilizado para llegar al resultado previsto. Sin embargo, esto no significa que preconizase la economía colectivista, o una dirección centralizada de la economía, como el mejor sistema económico. Su conclusión fue mucho más restringida: el *laissez faire* no podía ser la pauta de la política económica, pero había que estudiar cual era el sistema que debía sustituirlo, que implicaría necesariamente una cierta intervención económica del Estado.

Esto último enlaza con la tercera cuestión. Inza había estudiado sólo una situación estacionaria en un sistema de concurrencia perfecta. Para ir más allá, había que estudiar los resultados del juego de las fuerzas económicas en situaciones de monopolio y de competencia imperfecta y en el marco de la dinámica económica. Si la dinámica había escapado hacia sus propios derroteros, decía, era por la insatisfacción que producía la estática en la explicación del funcionamiento real de la economía. Sólo cuando estática y dinámica estuviesen en una misma teoría, y cuando se hubiesen estudiado el monopolio y la competencia perfecta, podría decirse que la economía era una ciencia consistente. Y sólo entonces, también, podría saberse cuál era el mejor camino a seguir. Inza se comprometió a seguir este camino, pero, desgraciadamente, su prematura muerte se lo impidió¹⁰.

Finalmente, cabe preguntarse sobre la originalidad de la aportación de Inza, sobre su verdadera dimensión como economista y, en su caso, sobre las razones de su total olvido, incluido su propio país, en el que, si se excluye el artículo publicado en *De Economía*, no hubo después nuevas noticias de él.

Sobre lo primero, ya he dicho que Inza conoció a sus predecesores y valoró sus aportaciones, pero creyó, con razón, si se excluye a Keynes, que ninguna de ellas había supuesto un ataque

¹⁰ José María González Estéfani, un profesor del Instituto Social León XIII que estudió en Friburgo en los años cincuenta, me dijo, hace años, que en ese tiempo todavía se recordaba a Inza como al economista que pudo estar en un primer plano de la teoría económica.

frontal a la teoría del equilibrio general, como hizo él. Después de su trabajo, en el campo estrictamente microeconómico, habría que esperar a Bent Hansen (1951), que introdujo la idea de cuasi-equilibrio, y a Patinkin (1956), que estudió la situación en la que las empresas podían no ser capaces de vender toda su producción. Y, mucho más tarde, a Clower (1965) y Leijonhufvud (1968), que desarrollaron los fundamentos microeconómicos de la teoría keynesiana, y a Benassy (1975), que generalizó la idea de equilibrio general walrasiano a situaciones de mercados en desequilibrio. Ninguno de ellos, hasta donde yo sé, conocía el trabajo de Inza.

En cuanto a la dimensión de Inza como economista, cualquiera que se acerque a su *Essai* verá en él a un economista con una solidísima formación académica, con un extraordinario conocimiento de la teoría económica de su tiempo y con todos los instrumentos analíticos necesarios para ir por su cuenta, como realmente hizo. Que cometiera algunos errores metodológicos, o que no introdujera en la teoría del equilibrio general variables monetarias, como ya había hecho para entonces Divisia (1928), en nada empaña su aportación porque su principal propósito fue el de negar, con las propias hipótesis walrasianas, que pudiera llegarse realmente al equilibrio.

Respecto a su nula difusión, sólo cabe formular dos hipótesis. En primer lugar, Inza sólo publicó un trabajo, su tesis doctoral, en francés, y un resumen muy esquemático de ella, en una revista alemana. Era demasiado poco para que se le tuviera en cuenta, sobre todo cuando los idiomas en los que publicó no contaban entonces en la economía académica. En segundo lugar, su libro, póstumo, apareció anacrónicamente, varios años después de haber sido escrito, cuando, terminada la guerra mundial, el keynesianismo ya se había impuesto, poniendo en un primer plano el desequilibrio macroeconómico y la corrección de las oscilaciones económicas con una teoría que fue aceptada, casi por unanimidad, por la comunidad académica.

El escaso o nulo interés que despertó su artículo en *De Economía*, la no traducción de su tesis doctoral y su olvido posterior en España, además de por estas mismas razones, seguramente se debió también a otras, específicas de nuestro país. En ese tiempo, las editoriales españolas de libros de economía, dirigidas casi todas por profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, apostaban por economistas consagrados y/o economistas extranjeros que pudieran visitar Madrid o la Universidad Internacional de Santander, no por ensayos o investigaciones, como era el caso de Inza. Por otra parte, su artículo en *De Economía*, aunque enjundioso, en nada se parecía a su libro, ya que faltaba la riqueza de su discusión con grandes economistas, no tenía citas ni bibliografía, no había matemáticas, es decir, casi parecía el trabajo de un principiante incómodo con la teoría económica establecida que se empezaba a estudiar en la nueva Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Finalmente, Inza había sido un exiliado y había muerto en el exilio, a lo que no se hacía referencia en la entradilla a su artículo pero que sin duda era conocido en la revista y en los medios universitarios. Esta nota pretende empezar hacer justicia con él.